

pudo haber producido satisfactorio éxito, y sin embargo aquella carga no llegó a efectuarse debido, según se dijo, "a las rivalidades que existían entre los generales."

Hubo en cambio hechos que no pueden dejar de mencionarse, y así me referiré a esa misma defensa del fortín de la Teniería, cuando el enemigo, repuesto de la carga que el Teniente D. Joaquín Miramón dió con cincuenta jinetes, siendo el único que se resolvió a atacar, embistió con nuevos bríos.

"La guarnición del fortín—escribe un testigo presencial—estaba llena de fatiga, y desconsolada porque no veía aparecer la anhelada columna de reserva.

"Los fusiles ardían; la pieza que mandaba el Subteniente Espinosa, a cada disparo rodaba hasta el fondo del fortín, costando gran trabajo volverla a subir y poner en batería, en lo que ayudaba personalmente el Teniente de Ingenieros Don Joaquín Colombres.

"La otra pieza de a ocho, que dirigía el Capitán graduado, Teniente del arma D. Jacinto Domínguez, hacía fuego con suma dificultad; porque colocada a barbeta en el ángulo saliente del fortín, los artilleros quedaban completamente a descubierto, hallándose los americanos alojados al otro lado del foso desde donde los cazaban.

"En tan críticas circunstancias, Domínguez tapaba el fogón, cubriéndose como mejor podía con la cureña y con la pieza. El cabo José Salomo y un artillero, servían los primeros puestos, y ambos se habían acostado debajo de la cureña. Apoyando la espalda a la rodillera del parapeto, introducían la carga en el cañón y la empujaban con el atacador, cuya maniobra era ejecutada con mucho trabajo.

"Otros artilleros agazapados a los lados de las ruedas las empujaban cuando era necesario, para poner el cañón en batería, y los cuartos artilleros, proveían de municiones a los primeros por entre los rayos de las ruedas.

"Fuera de combate Domínguez, y algunos sirvientes, des-

pues de larga fatiga, la pieza quedó muda, hasta que concluyó la acción.

"El género de los sacos a tierra, con que estaba revestido y terminaba el parapeto, se había incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles, y la tropa no podía acercarse para disparar.

"Dos artilleros que conducían municiones para proveer las piezas, se habían quemado, por habérseles inflamado los cartuchos que llevaban.

"A pesar de todo, el enemigo fué recibido en su tercer ataque con igual denuedo que los anteriores; pero pronto llegaron a oírse dos gritos a cual más aterradores:

"¡Parque! ¡Agua!

"En efecto, la tropa sufría una gran fatiga; los soldados tenían los labios negros de la pólvora y esta circunstancia y la agitación del combate, les producía una sed abrasadora.

"En cuanto a las municiones, nadie sabía dónde hallarlas ni parecía el jefe del punto para darle parte de lo que pasaba.

"Ya no quedaban haciendo la defensa más que los oficiales.

"En esto el fuego del enemigo aumentaba, mientras el nuestro disminuía notablemente y los soldados comenzaban a separarse del parapeto.

"El capitán del Tercero Ligero D. Domingo Nava, reunió unos cuarenta hombres, y se dirigió con ellos hacia la gola, arengándolos para cargar a la bayoneta; lo cual visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron también en dirección de la gola.

"En vano pretendieron los oficiales contenerlos y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: "mi jefe, que nos den parque y nos batiremos."

"Cuando pasó aquella avalancha, solamente quedaron en el fortín cinco individuos; a saber: el Teniente de Ingenieros D. Joaquín Colombres, el Subteniente de Artillería D. Agus-

tín Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelán, un soldado del Tercero Ligero y el que suscribe.<sup>1</sup>

“En la azotea de la casa de la Tenería, quedaban el capitán del 3.º Ligero D. Juan Servín, el teniente del mismo cuerpo, D. Ignacio Solache, el subteniente del Batallón de Querétaro, D. Guillermo Moreda y algunos soldados.... El combate había durado desde las siete de la mañana hasta las doce sin interrupción.”<sup>2</sup> Pocos minutos después caían heridos Castelán y Servín, este último para no levantarse más.

Muchos detalles hubo como éste, y así vemos que cuando el enemigo comienza a atacar los lugares que en la ciudad misma ocupaba la guarnición, “lo tortuoso de las calles por donde vienen los invasores impide obrar a la artillería; (y) no obstante se traba una lid empeñada; por ambas partes se lucha con ardor: los enemigos emprenden horadar las casas y penetran así hasta nuestros atrincheramientos. Esta osadía irrita el brío de nuestras tropas, que desdafiando pelear a cubierto, trepan audaces sobre los parapetos, y provocando al enemigo desafiaban una muerte evidente. Este más frío, más cauto y mañero, nos hacía un fuego peligrosísimo por los canales y aspilleras de las casas. Se había mandado a la oficialidad subalterna, de capitán abajo, que pelearan como simples soldados: los oficiales se ponen la forniture sin murmurar; toman sus fusiles; se establece una emulación general y ardiente: cada oficial quiere distinguirse por su arrojo, comprando con su sangre el lauro del valiente.”<sup>3</sup>

En cambio de estos actos dignos de loa, “en los puntos que habíamos abandonado en la noche (del 22) en medio de un desorden espantoso, se veían muchos soldados que se quedaron por olvido o por indolencia, ébrios, disparando al aire sus fu-

1 Balbontín, autor de la narración.

2 Balbontín. *Invasión Americana*, pp. 31 y sig.

3 Apuntes, p. 63.

siles, cometiendo excesos, dando idea clara del desconcierto que comenzaba a dominar.”<sup>1</sup>

Balbontín asegura, que según las versiones recogidas en el campamento, cuando Ampudia sugestionado por las indicaciones de algunos generales y jefes, se resolvió a capitular, el General americano Taylor, jefe de las fuerzas que atacaban, había dado ya los pasos necesarios para retirarse. El jefe designado por él para ir a solicitar de Ampudia una suspensión de las hostilidades, se encontró con el oficial que a su vez Ampudia había mandado para inquirir las condiciones en que la rendición podría ser hecha y entonces aquél, más hábil que el delegado mexicano, logró averiguar los propósitos de Ampudia y naturalmente se apresuró a fingir su verdadera misión, asegurando que iba a pedir la rendición de la plaza. Taylor a su vez entró perfectamente en su nuevo papel, cuando vió tan inesperado éxito para su empresa, y pidió que la rendición fuera incondicional.

Ampudia rechazó indignado la indicación de Taylor, respondiendo “que si el General Taylor no accedía en nombrar una comisión para tratar con otra de la plaza sobre una capitulación honrosa, él prefería enterrarse con la guarnición que mandaba bajo los escombros de Monterrey.”<sup>2</sup>

Fácil es suponer que Taylor aceptaría y las mismas bases aprobadas, por virtud de las cuales “el Ejército mexicano saldría de Monterrey con tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza y una batería de batalla con los cofres cargados con bala en boca y los botafuegos con la cuerda-mecha encendida; el pabellón sería saludado con veintiún cañonazos por la artillería americana al ser arriado en la ciudadela; y quedarían suspensas las hostilidades durante siete semanas,” etc., demuestran que Taylor debe haber estado ansioso de llegar a un arreglo que le

1 Apuntes, p. 62.

2 Balbontín. *Op. cit.* p. 44.

trocaba en victoria su derrota, ya que en la guerra debe considerarse derrota el no lograr el objeto que se tiene en mira. "¡Tres días más de energía y de constancia, exclama Balbontín, y el triunfo hubiera sido nuestro!"

Era este nuestro segundo hecho de armas y era también nuestro segundo fracaso. Arista en la Resaca; Ampudia en Monterrey, no habían podido llevar las armas nacionales a la victoria, por más que el éxito de Ampudia (siquiera por lo honroso de su capitulación que había de ser reprobada en los Estados Unidos, tan lisonjera la juzgaron para nosotros los vencidos) hubiera sido superior al de Arista; que aun en el desastre puede haber un relativo éxito favorable.

El ejército comenzó a evacuar Monterrey a las siete de la mañana del día 26, bajo las órdenes del General Requena, comisionado al efecto por Ampudia, y la primera brigada salió rumbo al Saltillo, flotando al aire sus banderas y batiendo marcha sus clarines; "en la ciudad quedaban los heridos en los hospitales que se habían improvisado durante el asedio. Allí los desgraciados soldados carecían de todo. En el corredor de una de las casas que servían de hospital, había tirados sobre *petates* (esteras) y sin más abrigo que el algodón que cubría sus llagas, algunos cuerpos humanos espantosamente desfigurados. Eran los artilleros que se habían quemado al conducir municiones para sus piezas. Se hallaban los infelices ulcerados de pies a cabeza, de suerte que a veinte pasos de ellos no era soportable el hedor que exalaban."<sup>1</sup>

Entretanto, nuevos cambios políticos habíanse verificado en esta capital: Santa-Anna había sido de nuevo recibido con los brazos abiertos; y sin tomar en cuenta sus errores y sus

<sup>1</sup> Balbontín. Op. cit. p. 47.



Ante Lopez u  
arata Anna  
L

faltas de otros días, se le entregó la defensa del honor nacional, poniendo en sus manos la jefatura del Ejército, al que se ordenó concentrarse en San Luis, lo que hizo en efecto sin tropiezos serios, no sin que de nuevo se viera alguna demostración de la poca armonía que existía entre los jefes de ese mismo Ejército; pues si por una parte Santa-Anna se apresuró a quitar a Ampudia el mando de las fuerzas defensoras de Monterrey, Ampudia por su lado, apresuróse a poner la responsabilidad del desastre en algunos coroneles a quienes de antemano había acusado ya. Ignoro si la acusación era fundada o no, pues comenzada la sumaria a que fueron sujetos tanto Ampudia como aquellos jefes, no se llevó a término, porque Santa-Anna declaró que no había mérito para la formación de proceso, cuando tuvo conocimiento del parecer del fiscal.

Santa-Anna entonces consagróse empeñosamente a organizar un cuerpo de ejército que pudiera vengar las derrotas de la Resaca y de Monterrey, al mismo tiempo que en San Luis se comenzaban a ejecutar algunas obras de defensa, suponiendo que Taylor habría de avanzar sobre esta última población.

Los enemigos sistemáticos de Santa-Anna, en tanto que él se entregaba a tal empresa, comenzaron a atacarlo, por lo que ellos decían era lenidad de parte suya, esto es, porque no se apresuraba a marchar cuanto antes a la campaña.

La tarea de Santa-Anna no había sido fácil, porque no solamente los desastres sufridos habían turbado la moral de nuestras tropas, sino que una gran parte del Ejército se componía de "gente forzada a tomar las armas por el fatal sistema de *levas*, con el que sólo se consigue que en el momento del peligro se desbande y deserte aquélla. . . ." Por otra parte, como bien sabemos, los recursos de que el erario podía disponer eran demasiado exiguos y esto cooperaba también a la demora.

Sin embargo, "la Prensa sin prever las consecuencias de su imprudente conducta, se exasperaba por la inacción del ejército, llenándolo de improperios. Pintaba a San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban a los placeres,

consumiendo los caudales de la Nación, y olvidando completamente la causa de la Patria.

“Cada correo que llegaba de la Capital, producía una explosión de disgusto en el ejército.

“El periódico llamado “Don Simplicio,” con su carácter satírico y jocoso, era uno de los que más herían a los militares.

“Olvidaban aquellos escritores, que los Gobiernos mexicanos, nunca tuvieron habilidad para organizar y atender al ejército: que nuestros soldados siempre estuvieron mal pagados, mal alimentados y mal vestidos; que en San Luis se hallaban los restos del Ejército del Norte, que habían guarnecido nuestra frontera por más de diez años, combatiendo constantemente, ya contra los indios bárbaros, ya contra los texanos, sin recibir más que de vez en cuando una pequeña parte de sus haberes: que los jefes, oficiales y tropa, trabajaban personalmente para proporcionarse el sustento; pero que acudían al toque de generala, ya para combatir, ya para expedicionar por el desierto, sin más sueldo ni más raciones, que una bolsa con “totopo” que cada uno se proporcionaba.

“Cuando más se necesitaba alentar a aquellos desgraciados soldados que si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa, y que se disponían a combatir con tantas desventajas; se les desmoralizaba con aquellos escritos, que ponían en su contra la opinión pública.

“Por fin, llegó a tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar.

“No se hacía caso de que se careciera de cosas importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero. Se quería abordar al enemigo, y que vencidos o vencedores, se manifestara a la Nación, derramando abundantemente la sangre, que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban.”<sup>1</sup>

Los esfuerzos hechos por Santa-Anna, deben haber sido sin

<sup>1</sup> Balbontín, Op. cit. p. 59.

embargo de consideración, cuando los autores de los *Apuntes para la historia de la guerra*,<sup>1</sup> a pesar de ser indudablemente adversarios de este General, no vacilaron en declarar que “Santa-Anna no anduvo flojo ni remiso, si bien no desplegó toda la energía que hubiera sido de desearse” y cuando agregan que “esta dedicación de Santa-Anna hasta la reorganización del ejército, habría sido su página más gloriosa, si no se hubiera dejado arrastrar a ninguna ligereza.”<sup>2</sup>

Ya hemos visto cuáles fueron las razones que movieron al General en Jefe a no esperar a que su cuerpo de ejército contara con todos los elementos necesarios.

Santa-Anna, sin embargo, cometió un gravísimo error y una incomprensible imprudencia quizá, cuando ordenó al General Parrodi, Jefe de las Armas en Tampico, que evacuara este puerto, porque tal evacuación significaba dar un triunfo a los americanos, sin que hicieran el sacrificio, no ya de un solo hombre, sino de un proyectil siquiera.

Parrodi se apresuró a hacer ver claramente todos los perjuicios que habría de traer consigo el abandono del puerto; Santa-Anna, sin embargo, se empeñó en que sus órdenes fueran cumplidas, y aun envió al General D. José Urrea a fin de que las hiciera respetar.

Cuando más tarde el diputado D. Ramón Gamboa presentó acusación contra Santa-Anna, denunciándolo como traidor, las razones principales que éste dió para el abandono de Tampico fueron que la guarnición se componía sólo de ochocientos hombres, de los cuales muchos se hallaban enfermos, que “no existían elementos ni para una regular defensa y que con este conocimiento precisar a pelear a una débil guarnición contra un poderoso enemigo, además de impericia sería inhumano;

<sup>1</sup> Estos Apuntes los escribieron los Sres. Ramón Alcaraz, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborío, Francisco Schiaffino, Francisco Segura, Pablo María Torrescano y Francisco Urquidí.

<sup>2</sup> Apuntes, pp. 71 y 75.

que aquella sufrida guarnición se encontraba casi abandonada del gobierno mucho antes de su llegada a San Luis Potosí y que sin dinero y sin almacenes, con el puerto bloqueado no podía subsistir" y "que era materialmente imposible auxiliarla desde el cuartel general..... por la inmensa distancia que mediaba, por los fatales caminos y sobre todo porque se carecía de dinero, de provisiones de boca y guerra y de tropas expertas y aun de tiempo, pues era seguro que antes del auxilio, el enemigo tomaría posesión de la plaza con sacrificio de la guarnición."<sup>1</sup>

En cambio de la evacuación de Tampico al avanzar Taylor hacia el Sur, Santa-Anna mandó a Valencia a reforzar un punto llamado Tula de Tamaulipas, pero, movido tal vez por uno de los muchos sentimientos de animadversión y aun de envidia que mutuamente se manifestaban los jefes del Ejército, le ordenó que permaneciera inactivo y solamente a la defensiva.

En tal estado las cosas, Santa-Anna avanzó hacia el Norte al encuentro de las fuerzas de Taylor, estando mandadas las fuerzas de vanguardia por los Generales Lombardini y Pacheco, Juvera y Andrade, pues al General D. José Vicente Miñón que formaba parte de aquel cuerpo de ejército se le dió la misión especial de cortar la retirada al enemigo, situándose a su retaguardia en el camino del Saltillo.

El General en Jefe de aquella expedición americana se había posesionado de la hacienda de Buena Vista y del puerto de la Angostura y Santa-Anna se encontró ante él mucho antes de lo que esperaba; trató entonces de ganar tiempo, enviando como parlamentario al General Pedro Vanderlinder a fin de intimar a Taylor la rendición y aun cuando como era fácil de esperar, éste se negó desde luego a someterse a tal

<sup>1</sup> Informe que el Excmo. Sr. General de División Benemérito de la Patria D. Antonio López de Santa Anna dió por acuerdo de la Sección del Gran Jurado sobre las acusaciones presentadas por el Sr. Diputado D. Ramón Gamboa. Castillo Negrete. Vol. XXV, ap. p. 53.

intimación, Santa-Anna logró que se reunieran sus fuerzas que venían escalonadas. La tropa para llegar allí, había sufrido ya espantosamente a causa de la inclemencia del clima, como antes había acontecido al cuerpo expedicionario que hizo la campaña en Texas.

La batalla comenzó la tarde del día 22 de febrero con "la invasión y defensa y la ocupación definitiva por nuestra brigada de infantería ligera de las alturas a la izquierda del enemigo. Siguió otro día muy temprano en las vertientes de esas mismas alturas entre nuestra expresada infantería y los rifleiros de Marshall sostenidos por las fuerzas del brigadier general Laneefe de toda la línea izquierda norteamericana. A las 8 de la mañana Santa-Anna ensayó atacar por su frente el centro del enemigo o sea la batería de Washington, haciendo avanzar por el camino directo o paralelamente a él la columna del Coronel Blanco y la división de Pacheco, detenidas a poco por los fuegos de la mencionada batería. Entonces la división de Pacheco fué trasladada a nuestra derecha, o sea la izquierda del enemigo, donde unida a la división de Lombardini y demás fuerzas nuestras que obraban en esta parte del campo, dió y recibió diversas cargas, quitando al cabo una pieza de artillería, derrotando y haciendo huir en dispersión al 2.º regimiento de infantería de Indiana, obligando a los rifleiros de Marshall a retroceder más que de prisa y no sin algún desorden, de las posiciones que defendían contra las tropas de Ampudia; arrojando con lo expuesto, de su segunda línea a los norteamericanos y abriendo así camino a la columna de infantería y caballería que se formó de muchas de las fuerzas de nuestra derecha, y que por la falda de las montañas avanzó rebasando en cosa de dos millas la izquierda de Taylor hacia su retaguardia, o sea la hacienda de Buenavista, a la que llegó la caballería. Al verse esta columna atacada de frente y por su flanco izquierdo y muy alejada de su base de operaciones, efectuó un movimiento retrógrado, batiéndose con la infantería, caballería y artillería que aspiraban a cortarla y envol-

verla por completo, y volviendo, aunque no sin pérdidas, a la llanura de nuestra derecha. Aquí organizó entonces Santa-Anna su último ataque al centro enemigo, trayendo de nuestra izquierda la columna de Blanco, disponiendo de todas las reservas y formando la gran columna que con el general Pérez por jefe y a la vista del mismo Santa-Anna, se batió encarnizadamente con fuerzas también considerables, dirigidas por el mismo Taylor, les quitó 2 piezas de artillería y algunas banderas, y tuvo que retroceder o detenerse ante las baterías de refuerzo de Bragg y de Sherman, y ante los fuegos de la de Washington, no sin haber puesto nuevamente en fuga a la infantería de los Estados Unidos.

"Todas las versiones convienen en que con este combate se terminó realmente la batalla cerca de las seis de la tarde, aunque el cañoneo se prolongó hasta cerrar la noche por completo."<sup>1</sup>

En el encuentro, Santa-Anna había salvado la vida debido a su buena estrella, "pues había caído con el caballo que montaba y que una bala de metralla había herido en la cabeza"<sup>2</sup> y habían sido heridos varios jefes como Guzmán, Lombardini y otros.

Según la opinión de un testigo presencial y actor en aquel drama, hubo gran falta de concierto en aquella acción, no sólo porque no llegaron a combinarse los esfuerzos de la caballería y de los cuerpos ligeros sobre los flancos y las espaldas de las líneas enemigas, sino porque a pesar de que las tropas se batían bizarramente los cuerpos formados por reclutas y que luchaban en unión de los ya avezados al combate, se dispersaban causando con esto que los enemigos pudieran rehacerse al ser rechazados; lo que por otra parte permitió que se notara una distinta falta de previsión: los escuadrones de reserva no se

<sup>1</sup> Rúa Bárcena, Recuerdos de la Invasión Norte-Americana. Ed. Agüeros, Vol. I, págs. 208 y sig.

<sup>2</sup> Balbontín. Op. cit. pág. 85.

ocupaban en detener y organizar a los fugitivos que llenaban el camino de Agua Nueva.

Los americanos habían combatido con decisión y brío y sus jefes habían dirigido con habilidad; pero a pesar de sus esfuerzos, la posición suya debía obligarlos a comprender que tenían perdida la batalla desde el momento en que los soldados mexicanos "desbordaron la izquierda de sus líneas," y así hubiera sucedido en efecto porque "sin las faltas cometidas por los generales (nuestros), sin la carencia de dirección que se notó desde aquel momento crítico, la posición del enemigo era insostenible."

En aquellos momentos, efectivamente, Taylor inició su retirada por el camino del Saltillo; pero, para colmo de desdichas, la impedimenta que había iniciado aquella retirada, tuvo quizá noticia de que la caballería del General Miñón estaba en su camino y no podía, en consecuencia, retirarse y esto hizo que retrocediera. Desde aquel momento, Taylor resolvió seguir luchando a toda costa y si bien es cierto que la columna del General Miñón no llegó a tomar parte en el combate, en esta vez la previsión de cortar la retirada produjo resultados distintos de los que se habían deseado porque, como observa con justicia un crítico en achaques de guerra, si aquella retirada se verifica, es seguro que nuestras tropas habrían redoblado su brío y la caballería hubiera atacado con encarnizamiento a los que se retiraban y tal vez nuestras tropas hubieran logrado un éxito completo.

La lucha continuó, pues, como hemos asentado, y los americanos después de pasar por un momento verdaderamente crítico lograron rehacerse después de diversas fases del combate.

Por nuestra parte al anoecer se dió la orden de retirada; y aquella orden había de causar profundo desaliento en el ejército que todavía abrigaba grandes esperanzas de derrotar al día siguiente al enemigo a quien había causado numerosas pérdidas y a quien se había conseguido desmoralizar en sumo grado.

¿Qué razones se exponían para la retirada? Que no había que dar de comer a la tropa; que considerada la fatiga de nuestro Ejército le sería imposible al día siguiente combatir, y finalmente, que el anuncio de un nuevo combate al día siguiente, tal vez hiciera que se desbandaran muchos de los soldados.

Balbontín observa, y con razón, que si no había que dar de comer a la tropa en el campo que ocupaba tampoco lo había en Agua Nueva donde permaneció acampada durante algunos días y que lo que se empleó para alimentarla en Agua Nueva, pudo haber servido para sostenerla en Angostura. Respecto de la fatiga es justa también su observación cuando dice que era preferible dejar que los soldados hubieran descansado aquella noche a recorrer cinco leguas para llegar hasta Agua Nueva, donde habrían de verse de nuevo obligados a combatir si el enemigo los perseguía; que la misma fatiga del ejército era una razón para no temer que se desbandara y que además las tropas estaban demasiado entusiasmadas con el resultado que hasta entonces habían obtenido y "en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan," y finalmente, que Taylor tenía provisiones abundantes en el Norte y en caso de una victoria podían ser debidamente aprovechadas; en cambio el ejército nada podía esperar sino miseria en el camino que iba a recorrer.

Aun cuando estas observaciones de Balbontín las encuentro por extremo fundadas es necesario ver cuál fué la opinión de la Junta de Generales verificada dos días después de la batalla en el campo de Agua Nueva.

El acta de aquella junta que es muy poco conocida, dice a la letra:

"... el Excmo. Sr. Presidente general en Jefe de este ejército, dispuso se reunieran todos los señores generales y jefes que mandan las divisiones y brigadas, lo que verificado, dijo S. E. que había llamado a todos los señores presentes, con

el objeto de conferenciar y oír sus opiniones sobre los acontecimientos de la presente situación del ejército; que como era de pública notoriedad para éste a pesar de haber arrojado al enemigo de tres de sus líneas, y tomándole tres piezas de artillería y dos banderas, la circunstancia de habernos sorprendido la noche al atacar su último retrincheramiento, estando la tropa fatigada con dos días de marcha y dos de combate sin haber tomado más que carne el día anterior, y no haber ni una res, ni un grano de maíz o harina para que se alimentase y continuara después batiendo al enemigo, contra sus más ardientes deseos y sus más bellas esperanzas se vió obligado a cambiar de posición con el doble objeto de proporcionarse algunos víveres, y de ver si el enemigo salía del terreno fragoso en que estaba, y lograba batirlo en las llanuras de este rancho en cuyo caso era evidente que la victoria de nuestras armas sería tan completa y decisiva como se deseaba: que también era público para el ejército todo, que un traidor avisó al enemigo el movimiento de nuestras tropas, lo que ocasionó la fuga de aquél de este punto y que no se lograra el plan combinado por S. E. de batirlo en detall, tomándole su retaguardia y llevando al ejército a nuestra primera población de recursos, para alimentarlo antes de combatir: que en la situación que nos encontramos, S. E. si bien estaba contento por la victoria conseguida por nuestras armas sentía sobre manera que la escasez de víveres no le hubiese permitido hacerla tan decisiva como deseaba para terminar con ella la presente guerra: que en tal virtud quería que los señores presentes se sirviesen dar su opinión sobre si el ejército marchaba al enemigo o cambiaba momentáneamente su posición a las primeras poblaciones de algunos recursos. En seguida el Sr. General Uraga tomó la palabra, y dijo: que la cuestión era demasiado grave, y que por lo tanto, pedía, que sin embargo de conferenciar en el acto sobre nuestra situación, cada uno de los señores presentes, reflexionando sobre ella, presentara después su voto por escrito: que por su parte creía que el ejército no podía haber hecho

más: que sin recursos, sin víveres y atravesando el desierto, había venido hasta encontrar al enemigo y derrotarlo: que cree que sin carne, maíz, frijol, arroz y otros renglones de primera necesidad, poder continuar sus operaciones, era un imposible; y por lo tanto opinaba, y lo diría por escrito, porque cambiásemos de posición a las primeras poblaciones, y se manifestase al gobierno la miseria, el sufrimiento y el criminal abandono en que estaban estas tropas, como también la victoria que habían conseguido, sólo por los impulsos de su patriotismo y del de nuestro caudillo. Después el Sr. General Don Ignacio Mora dijo: Que por su parte la cuestión era bien clara: que el ejército no tenía de qué vivir, y era necesario buscarlo, lo que no podía hacerse aquí: que marchar al enemigo no era prudente, pues si bien estaba éste destrozado, esperaba refuérzos: la victoria no era una cosa indubitamente segura, y si no se alcanzaba, quedaría descubierto el camino hasta la misma capital de la República: que por lo mismo opinaba por que el ejército cambiase de posición, no hasta sus primeras poblaciones, sino hasta donde sea conveniente para las operaciones militares y se encuentran recursos bastantes para su entretenimiento y conservación. El Sr. General Terrés dijo: que siempre había creído, y hoy se ratificaba en ello, que México no podía hacer la guerra con la miseria que lo agobiaba, y por estos desiertos, con cuerpos de ejército tan numeroso como el que teníamos: que sólo doce días de haber había reunido la tropa en un mes, debiéndosele atrasados, y que no había ninguno de los primeros renglones para la vida: que nuestros heridos no tenían ni arroz para alimentarse: que el soldado estaba estenuado, y que era imposible hacer la guerra: que su opinión era que no sólo tomase el ejército posiciones donde tuviera de qué vivir, sino que siguiéndose el ejemplo de España, jamás se vuelva a mandar a estos terrenos más que pequeñas partidas de tropa, que puedan llevar consigo sus elementos de vida. El Sr. General D. Francisco Pacheco manifestó: Que tenía una ciega confianza en la determinación

Man. Anorade

Felipe castillo

Ignacio de Mora

Julian Juvora

Moranj. Dr. Ignacio Ormacichea